



Capítulo – 10 marzo 2021 El Sufrimiento y la Gloria de Dios



Muy queridas Hermanas y Amigos/as:

¡Feliz fiesta de Santa María Eugenia para todos!

¿Qué puede significar este año celebrar la fiesta de Santa María Eugenia, durante el tiempo de Cuaresma junto con la pandemia del Covid-19? Desde que en marzo de 2020 empezó la pandemia, el miedo nos atenazó a todos causando una ansiedad que ha traído mucho sufrimiento. De una u otra forma, hemos experimentado como un torbellino de incertezas y de impotencia, de desempleo y crisis financiera, de problemas de relaciones interpersonales y de pérdida de seres queridos. A pesar de tener vacunas, no sabemos todavía cuándo y cómo terminará esta pandemia. El impacto de variantes nuevas del virus y la distribución desigual de las vacunas contra el Covid-19 son también una preocupación. Además, muchos pueblos están luchando contra los desastres naturales y todos nos enfrentamos con acontecimientos impactantes como violaciones de los derechos humanos, protestas masivas y descontento político en diferentes partes del mundo. Por último, están también nuestros problemas personales, y las dificultades en las comunidades o familias. A pesar de los avances de la medicina y de la tecnología que hacen nuestra vida más fácil y confortable, hoy en nuestro mundo, no falta sufrimiento ni dolor.

Santa María Eugenia y la Pasión y Muerte de Jesús

Santa María Eugenia consideraba “la meditación de la Pasión de Nuestro Señor” como una de las prácticas “más útiles” de Cuaresma¹. Ella creía que esta meditación nos podría ayudar a “tener las disposiciones de Jesús hacia el sufrimiento”. Nos invitaba a “aprender a percibir como don de Dios lo que nos hace sufrir”. Me ha gustado comprobar que con el Evangelio de San Juan, María Eugenia interpreta la pasión y muerte de Jesús, como “la prueba suprema de su amor” por nosotros. Así pues, esto que estamos considerando nos lleva a algunas preguntas: ¿Cómo entendemos la pasión y la muerte de Jesús? ¿qué quiere decir “tener las disposiciones de Jesús hacia el sufrimiento”? ¿Qué nos puede ayudar a soportar el dolor como don de Dios? ¿Cómo podemos aportar más gracia a nuestras vidas en estos tiempos inquietantes de pandemia?



En el Evangelio de Juan, la forma verbal – “darse” (τίθημι/ *tithēmi*) se refiere a la pasión y a la muerte de Jesús. Se nos presenta a Jesús como el Buen Pastor que “da su vida por sus ovejas” (Jn. 10,11) y el Buen Pastor lo hace para “dar vida y vida en abundancia” (10,10). Se usa el mismo verbo en el contexto del amor de Jesús por sus discípulos como amigos: “Nadie tiene amor más grande que éste: dar la propia vida por sus amigos” (15,13). El cuarto Evangelista interpretan la muerte de Jesús en la cruz como una poderosa manifestación del amor fraternal de Jesús, el amor generoso del pastor que da vida en abundancia por las ovejas. En otra parte del Evangelio, se presenta la muerte de Jesús

¹ María Eugenia, *Meditación en la Pasión de Nuestro Señor*, 9 de marzo 1873.

como la revelación más poderosa del amor incondicional de Dios (3,16), el poder redentor de Dios (3,14-15) y la gloria de Dios (δόξα/ *doxa*; 12,28-34). La gloria de Dios representa aquí el amor-misericordioso de Dios (חֶזֶד / *hezad*; Ex 34,6) y su presencia compasiva (חַבּוּד / *kābod*; Ex 16,10) entre nosotros. Si entendemos la muerte de Jesús de esta manera, el Cristo sufriente en la cruz será nuestro Héroe – nuestro Amigo, nuestro Buen Pastor, nuestro Salvador y Señor. La muerte de Jesús en la cruz revela el poder profético del amor salvífico de Dios. Hoy Jesús no quiere tener sólo simpatizantes o gente afligida, necesita seguidores radicales que acepten sufrir con El y sacrificarse a sí mismos para favorecer “la vida en abundancia” para todos, especialmente para nuestros hermanos y hermanas menos privilegiados. Cuando tratamos de mejorar la vida de los demás y construimos comunidades en las que se vive la amistad, hacemos más visible la gloria de Dios en nuestro versátil mundo actual.

Nuestro Sufrimiento y la Gloria de Dios

El sufrimiento es parte del ser humano. ¿Cómo sentirse cómodo con las aflicciones, problemas o las así-llamadas cruces diarias de la vida? Como subraya el libro de Job, cada ser humano – desde su nacimiento hasta su muerte – experimenta sorpresas, alegrías y penas, seguridades e inseguridades, éxitos y fracasos, certezas e incertezas. Tenemos dos opciones claras en la vida. En palabras de Job: “Si aceptamos de Dios los bienes ¿no vamos a aceptar los males? (Jb 2,10b). En estos tiempos de prueba, hagamos una opción sabia y revelemos la gloria de Dios haciendo que su amor-misericordioso sea cada vez más visible en nuestras comunidades y familias. Aprendamos a vivir sintiendo malestar e inquietud, en momentos de desgracia sepamos vivir a la luz de la fe, como lo hizo Job: “Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él; El SEÑOR me lo dio y el SEÑOR me lo quitó, bendito sea el nombre del SEÑOR”. (Jb. 1,21) Se nos invita a hacernos más humanos, mirando estas cosas con los ojos de Dios.

Nuestra vida conlleva experiencias distintas que pueden ser agradables o desagradables, alegres o dolorosas. No siempre podemos determinar la naturaleza exacta de estas experiencias, pero ciertamente podemos decidir el tipo de respuesta que les damos. Podemos tratar de evitar el sufrimiento como algo negativo, o tratar de acogerlo como oportunidad de crecimiento. La decisión es únicamente nuestra. Cuando tratamos de evitar el malestar, sufrimos más. Como dijo Thomas Merton “Cuanto más tratas de evitar el sufrimiento, más sufres, porque las cosas más pequeñas e insignificantes empiezan a torturarte en proporción a tu miedo a ser dañado. Quien más hace para evitar el sufrimiento finalmente sufre más”² Por otro lado, como María Eugenia sugiere, cuando tomamos las dificultades como dones de Dios, podemos tener otra mentalidad y actitud ante la vida y sus desafíos. Esto es lo que hace la espiritualidad en nuestras vidas. La espiritualidad nos ayuda a ser gente más libre y segura con confianza en la Providencia de Dios. Una certeza consciente de la verdad de que nuestra vida -cada respiración- es un don de Dios nos permitirá aceptar, sin duda, las adversidades de la vida como don de Dios. Nuestras vidas mejorarán cuando aceptemos los problemas, decepciones y fracasos no como experiencias desafortunadas, sino como oportunidades de un mayor amor al servicio de una abundancia de vida. Podremos entonces estar más disponibles para las sorpresas de la vida y la gracia de Dios se hará infinitamente más accesible en nuestras vidas. ¡Esta es la vía de Santa María Eugenia, la vía de la Asunción!

² Thomas Merton, *The Seven Storey Mountain – Fiftieth Anniversary Edition* (London: Harcourt, 1998), page 92.

No buscamos el sufrimiento por sí mismo, pero sufrimos con vistas a una abundancia de vida. En los sufrimientos humanos están incorporados poderes escondidos de curación y de transformación. El sufrimiento aceptado con una finalidad es una fuerza que transforma. Las dificultades infinitas de la vida pueden ser transformadas en fuente de oblación vivificante y en entrega de amor. Aprendemos a acoger los amplios horizontes de nuestra realidad. Nuestro sufrimiento se convierte entonces en fuente de energía y dinamismo nuevos y genera una nueva finalidad para una vida nueva. Forjemos un “espacio acogedor” para las sorpresas de la inseguridad, de la enfermedad, de los obstáculos que se nos presentan y participemos de las disposiciones de nuestro Señor Jesús hacia el sufrimiento experimentando la gracia que conllevan. De la misma manera que no hay resurrección sin pasión y muerte, no hay vida nueva sin dificultades ni dolor. El sufrimiento tiene un significado nuevo cuando es acogido como expresión de un mayor amor en aras de una plenitud de vida para los demás -los propios amigos, vecinos, familia o miembros de nuestra comunidad. La experiencia de soportar el dolor tiene en sí la capacidad de transformarse en experiencia de la presencia sanadora de Dios que nos lleva a la construcción de la comunidad, la familia y la sociedad. Esta experiencia es un don de Dios y nos muestra un destello de la gloria de Dios revelada en Jesús.

La Pandemia evoca más que nunca nuestra mortalidad y la necesidad de prepararnos en todos los frentes. Continuemos nuestro “camino de conversión Cuaresmal” con oración y relectura de conciencia sinceras. Ayunemos y vayamos solidariamente al encuentro de los pobres y necesitados. Ayunemos de la indiferencia y de los juicios y abrámonos al diálogo para el encuentro y la comunión. Ayunemos de la cólera y la animosidad y disfrutemos de la paz y la gracia de Dios. Ayunemos de la negatividad y disfrutemos con una vida nueva llena de esperanza. Más importante aún, ayunemos de nuestra tendencia a evitar las adversidades y celebrémoslas como oportunidades para dar vida y revelar la gloria de Dios. Así estaremos mejor preparados para alegrarnos y recibir las bendiciones del Señor Resucitado.

¡En el día de su santo, celebremos nuestra vida con sus alegrías y sus tristezas y hagamos sonreír a María Eugenia!



Rekha M. Chennattu, RA
Superiora General

Auteuil, 10 de marzo 2021